

LA COSMOVISIÓN DEL SAGRADO FEMENINO EN LAS CULTURAS ANCESTRALES

THE COSMOVISION OF THE SACRED FEMININE IN ANCESTRAL CULTURES

Recibido: 04.03.2021

Aprobado: 15.03.2021

Maryeling Pérez Yacott

maryelpeyac@hotmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-8887-8659>

Universidad Pedagógica Experimental Libertador –
Instituto Pedagógico de Caracas

Resumen: El presente artículo es un estudio acerca del sagrado femenino y su vinculación mística con los pueblos indígenas. Metodológicamente se enmarcó dentro del paradigma en ciencias sociales, fundamentado en la investigación documental, con un alcance interpretativo. El objetivo principal, fue profundizar en la conexión de la humanidad con la tierra, por medio de binomio femenino-vida, basado en la concepción de lo sagrado, expresado en mitos y creencias ancestrales. Para esto, se consideraron los aportes teóricos de Mircea Eliade (1981) con su perspectiva de lo sagrado y lo profano en la humanidad; la visión de la mujer en los pueblos originarios, estudiada por Maya Mazzoldi (2004) en la cultura Na Wayunkana (Wayuu) y los estudios de Myriam Sánchez (2016) en la sociedad Kichwa (Quichua). Todo ello, permitió generar conclusiones en torno a los elementos que asocian a la mujer con la visión del sagrado femenino construida desde la antigüedad por los pueblos ancestrales y las formas como estos han sustentado dicho principio dentro de sus estructuras sociales.

Palabras claves: Sagrado, Femenino, Naturaleza, Indígena.

Summary: This article is a study about the sacred feminine and its mystical link with indigenous peoples. Methodologically it was framed within the paradigm in social sciences, based on documentary research, with an interpretive scope. The main objective was to deepen the connection of humanity with the earth, through the feminine-life binomial, based on the conception of the sacred, expressed in myths and ancestral beliefs. For this, the theoretical contributions of Mircea Eliade (1981) with his perspective of the sacred and the profane in humanity were considered; the vision of women in indigenous peoples, studied by Maya Mazzoldi (2004) in the Na Wayunkana culture (Wayuu) and the studies of Myriam Sánchez (2016) in the Kichwa society (Quichua). All this allowed to generate conclusions about the elements that associate women with the vision of the sacred feminine built since ancient times by ancestral peoples and the ways in which they have sustained this principle within their social structures.

Keywords: Sacred, Feminine, Nature, Indigenous.

Resumo: Este artigo é um estudo sobre o sagrado feminino e sua conexão mística com os povos indígenas. Metodologicamente, foi enquadrado dentro do paradigma das ciências sociais, baseado em pesquisas documentais, com um escopo interpretativo. O principal objetivo era mergulhar na conexão entre a humanidade e a terra, através do binômio vida feminina, baseado na concepção do sagrado, expresso em mitos e crenças ancestrais. Para isso, consideramos as contribuições teóricas de Mircea Eliade (1981) com sua perspectiva do sagrado e do profano na humanidade; a visão da mulher nos povos originais, estudada por Maya Mazzoldi (2004) na

cultura Na Wayunkana (Wayuu) e os estudos de Myriam Sánchez (2016) na sociedade Kichwa (Quichua). Tudo isso permitiu obter conclusões sobre os elementos que associam a mulher à visão do sagrado feminino construído desde a antiguidade por povos ancestrais e as formas como eles sustentaram este princípio dentro de suas estruturas sociais.

Palavras-chave: Sagrado, Feminino, Natureza, Indígena.

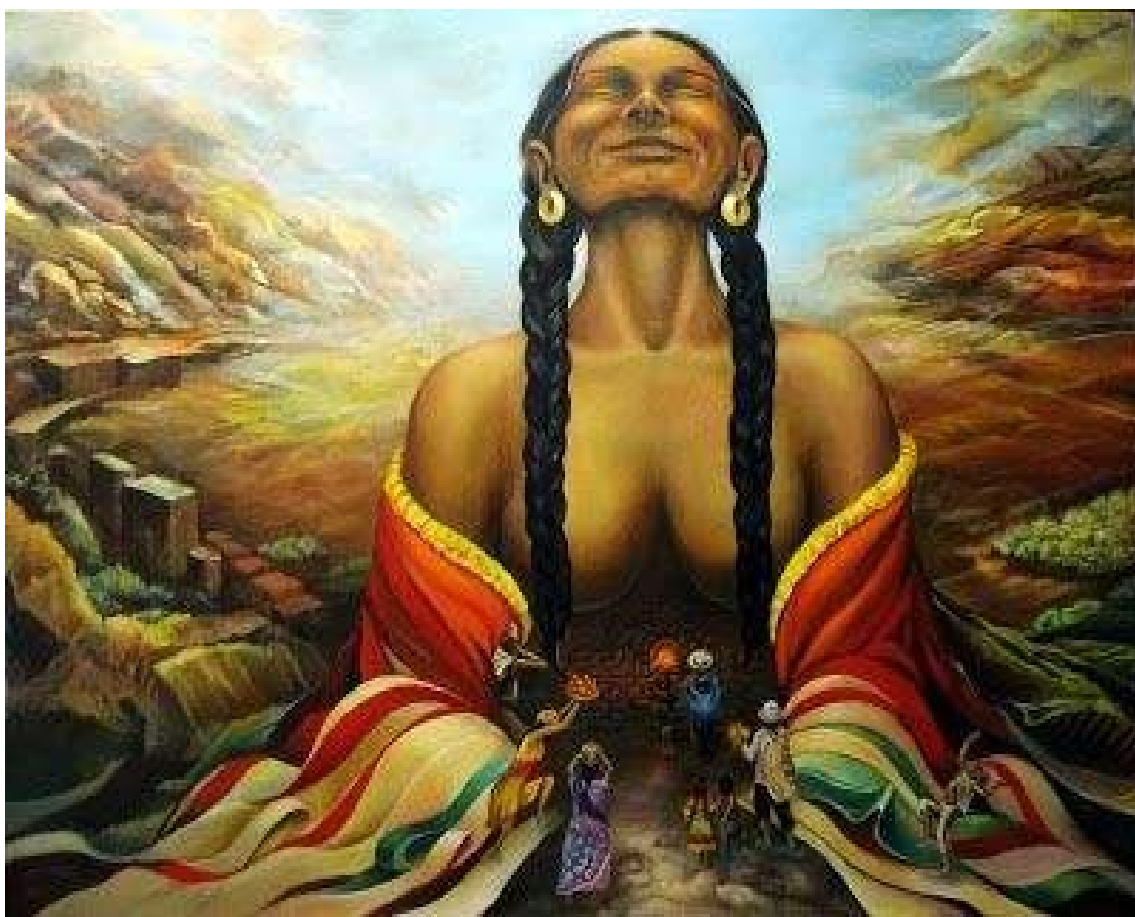


Imagen 1: Madre Tierra. Alicia Fernández. s/f. Tomado de “Oración a la Madre Tierra”, 2019, Disponible: <https://www.hijasdelatierra.es/blog/oracion-a-la-madre-tierra/>

INTRODUCCIÓN

La concepción de lo sagrado en la vida humana no es una conexión de mente sino de espíritu. Vivir en lo sagrado, significa enlazar el cosmos infinito con el corazón, en un acto de profundo respeto por lo no tangible, lo primordial. Esta aptitud espiritual de la humanidad, ha sido característica de todas las culturas desde la antigüedad. Mircea Eliade (1981), examina esto en su trabajo acerca de “Lo

Sagrado y lo Profano”, según su visión, el hombre primitivo tenía una tendencia natural a habitar en lo sagrado, para éste cada espacio, cada planta, cada forma podía devenir en sacralidad, no por lo que el objeto fuese en sí mismo sino por lo que representaba inmerso en un contexto colmado de emocionalidad”. Eliade (1981), asegura esto al describir al hombre ancestral como alguien que se crea en “la intimidad de los objetos consagrados” (p.11). Esto, parece ser absolutamente comprensible pues en los asentamientos primitivos la sacralidad explicaba la realidad por medio del poder divino, se relacionaba con poder, “lo sagrado estaba saturado de ser” (p.11). Ante esto se puede deducir que el ser humano ha caminado alegremente de la mano con su lado divino desde la antigüedad, aunque recientemente este aspecto haya sido olvidado.

Todo ello lleva a pensar, que desde los primeros indígenas, la comprensión de la vida como algo inexplicable, ha tenido una connotación subjetiva que le permitió un vínculo con el universo, incluso más allá de lo materialmente visible. Es así, como la cosmovisión ancestral concibe la creación como un todo sacralizado, gobernado en esencia por dos grandes fuerzas que conforman la unidad. Esto, permite interpretar el mundo bajo una concepción indisoluble, en la cual toda expresión de vida es producto de la unión divina de dos grandes fuerzas: lo femenino y lo masculino.

Myriam Sánchez (2015), percibe este aspecto de la dualidad divinizada, al explicar como para el aborigen la vida decanta en un constante movimiento. Todo se convierte en una danza armoniosa en función del milagro de la vida “desde un átomo hasta las constelaciones, es un ser vivo, es movimiento constante” (p. 61). Por lo tanto, todo lo vivo como todo lo inerte, dialoga entre lo masculino y lo femenino en una constante energía de complementariedad donde lo material se relaciona con la conciencia y por ello está asociado a la vida. Quizás por esta razón nuestros ancestros en todo aspecto de la realidad pudieron ver lo sagrado.

Esta visión sagrada del cosmos, implica que tanto lo femenino como lo masculino habitan en él, alternándose constantemente; son las polaridades que crean el equilibrio en la dualidad. Ello, se aprecia en toda manifestación de la naturaleza, la cual se asume como una representación en macro de la vida en todas sus manifestaciones. Bajo esta premisa, la unidad es sol y luna a la vez, luz y sombra, vida y muerte.

En ese sentido, entender lo femenino más allá de su opuesto masculino es un error, cuya incomprensión desvía la interpretación ancestral del cosmos. Sánchez, lo asegura declarando la importancia de lo masculino, pues representa la energía complementaria, la fuerza de la acción. No sé puede existir luna sin sol y viceversa. Es a partir de este planteamiento de igualdad correlativa, donde lo sagrado femenino también se percibe como importante, haciéndose dinámico y poderoso, pues crea una interrelación íntima entre la naturaleza, el universo y la humanidad uniéndolo todo en un solo tejido afectivo. Mircea (1981), lo expone de manera más precisa, cuando declara que masculino y femenino se retroalimentan, pero no hay que olvidar que en ambos sagrados, la energía femenina es primera, pues esta concibe dentro de sí lo masculino trayéndolo a la vida. En tal sentido, las fuerzas elementales que fluyen en la danza de la vida se ven representadas en estas dos polaridades cuyo conocimiento no nos es ajeno en absoluto, pues coexiste con los esquemas de pensamiento de la humanidad desde el principio a través de diferentes manifestaciones simbólicas.

El sagrado femenino

El principio de la creación y por ende de la vida, es un principio femenino por excelencia. Solo lo femenino puede dar vida. Dicha energía da sentido a la unidad, al recogimiento, la fraternidad y el amor. En su más pura definición se relaciona con aquello que Carl Jung (1951), llamó el “Ánima”. Según Downing (1993), quien estudió el trabajo de Jung y su importancia en la psique colectiva por

medio de lo arquetípico, el *Ánima*, o constructo psicológico relacionado con el principio femenino, se identifica con todos aquellos aspectos impulsivos vinculados con la vida de manera no premeditada sino espontánea, natural e instintiva. Para Downing (1993), la vida es carne, es tierra, es emoción, reina en el mundo de lo concreto y se alimenta de la gente y de las cosas de manera simbiótica y nutritiva. En tal sentido, Jung (1951), por medio del *Ánima* alude al sagrado femenino inmerso en la psique de cada ser humano, indiferente al género, forma parte, en contraposición con el *Animus* (principio masculino) de la completitud del espíritu. Esta relación de la mente y el espíritu humano con las fuerzas duales de la vida, recrean de manera específica la vinculación del ser (hombre-mujer) con el cosmos. El cual, a su vez, se encuentra íntimamente correlacionado con la naturaleza y sus fuerzas internas por medio de su mitad femenina.

Dicha conexión de la naturaleza femenina con la vida, crea una estructura instintiva profunda resguardada en lo más hondo de la psique humana. Es por esta asociación, que la divinidad suprema de los pueblos, más allá del género en que se represente, comparte con lo femenino su poder creador. Sin importar cuál sea la estructura de poder, la relación madre-vida no puede ser cuestionada y tiende a reaparecer en cualquier contexto donde su divinidad lo reclame. Sí pues, la concepción maternal de la naturaleza creadora, se ve expresada en la tierra, como universo inmediato de la consumación de la vida. Es por ello, que en la cosmogonía sagrada de las culturas indígenas, el principio de la creación está asociado con la naturaleza, siendo concebida como la Madre Sagrada.

De allí, que la publicación de Europa indígena (2015) llegara a definir el principio femenino de la naturaleza como “toda energía receptora capaz de acoger en su seno la germinación de cualquier forma de vida” (s/p), esto necesariamente implica todo aquello cuya forma manifiesta se relacione con la vida en el espectro material de la “madre naturaleza” puede considerarse propio del principio

femenino y por lo tanto sagrado, pues como lo establecen los textos bíblicos “del polvo (tierra) venimos y a el polvo hemos de volver” (Génesis 3:19). Todo ello, solo recrea el espiral continuo del ciclo de la vida-muerte-renacimiento, asociado con los ciclos naturales y por ende con todo lo femenino.

En este sentido, es comprensible que el ser humano busque refugio en la tierra, en la profundidad de sus cuevas o la ligereza de sus ríos para interrelacionarse de esta forma con su esencia cíclica, donde las estaciones, los períodos lunares, la fertilidad de los suelos, capaces de proveer el alimento y asegurar la vida, todo ello, es visto desde la antigüedad como una gran fuente nutricia, cuyo útero fértil es capaz de resguardar en la profundidad de sus cavernas, de los gélidos inviernos y de refrescar con sus lagos de la calidez en los veranos.

Esta simbiosis de la cosmovisión ancestral con la naturaleza, permite una conexión instintiva con el principio femenino, entendiéndose cada individuo como parte sustancial de la vida. Un elemento más dentro de la fórmula de la creación, en la cual la vida se expresa, fortifica y multiplica en función del respeto hacia los espíritus sagrados. Esto, afirmaba la concepción de que la medida en que la tierra es tratada con mayor amor y ternura multiplica sus frutos y su abundancia, pues el sagrado femenino es amable y receptivo.

Esta relación con el cosmos, crea un tejido subjetivo en equilibrio con cada ser viviente, pues el sentido de pertenencia a la madre, le da sentido de valía de sí mismo. Las culturas primigenias al asumir esto, encontraron una sacralidad consumada en la intuición que le permitía ser uno con los fenómenos que le circundaban. La relación asociativa con la creación natural, hizo de las culturas indígenas, poblaciones capaces de reconocerse en su justa medida, sintiéndose integrados al todo en una cadena de conexión que vibra en armonía con el mundo circundante. Pues, lo femenino crea los puntos de encuentro entre lo racional y lo simbólico, lo consiente y lo inconsciente en una danza equilibrada.

Esta apreciación maternal de la naturaleza, sin duda alguna llevó a ver en la mujer una proyección del sagrado femenino en la especie humana, como lo expresa Eliade (1981):

La mujer está, pues, solidarizada místicamente con la Tierra; el parto se presenta como una variante, a escala humana, de la fertilidad telúrica. Todas las experiencias religiosas en relación con la fecundidad y el nacimiento tienen una estructura cósmica. La sacralidad de la mujer depende de la santidad de la tierra. La fecundidad femenina tiene un modelo cósmico: el de la Terra Mater, la Genetrix universal. (p. 89)

De allí, la concepción mitológica de la madre diosa, que encuentra en todas las culturas humanas hasta hoy, como referencia de la divinidad femenina encarnada en el cuerpo de la mujer. La representación artística es basta, así como la teología en torno, no solo a la sacralidad femenina, sino también a las atribuciones y el poder mágico que influía lo femenino en la tierra.

En el origen de los tiempos humanos, la fuerza de la vida no se concibió como un elemento para la dominación, sino como una energía por medio de la cual la creación se expresaba ya fuese de forma masculina como femenina. De allí, el misterio que rodea a la mujer, convirtiéndola en elemento primordial para el desarrollo social de los pueblos ancestrales.

Eliade (1981), habla de la importancia social de la mujer dentro sus grupos, al afirmar como las sociedades agrícolas inicialmente, desde Oceanía e Indonesia, hasta la vasta América, se organizaron en matriarcados. Según el autor, las mujeres en contacto constante con las fuerzas de la naturaleza pudieron entender los ciclos lunares y su relación con las cosechas, descubriendo de esta manera la forma de producir alimento para sus clanes. De tal manera, que al ser la mujer la primera que cultivar los suelos, es a ella a quien naturalmente le pertenecen la tierra y sus cosechas. Esto, obviamente creó un prestigio mágico-religioso en torno a las mujeres, dándole una visibilidad y liderazgo social que cobra importancia mediante

un orden o “modelo cósmico” representado por medio de “la figura de la Tierra-Madre”.



Imagen 2: Mujeres Quechua. S/A. Tomado de “cultura quechua: historia, origen, características, y mucho más”, 2017, disponible: <https://hablemosdeculturas.com/cultura-quechua/>

La matrifocalidad asociada a la tierra en las culturas ancestrales

La matrifocalidad suscribe un sistema de pensamientos y creencias que gira en torno al binomio tierra-mujer, el cual se sustenta esencialmente de la relación emocional del ser con el sagrado femenino en su aspecto maternal. Esto es apreciable particularmente en algunos grupos afrocaribeños y en pueblos indígenas como los wayúu en la frontera colombo-venezolana, los kichwa en el sur o los Kuri y los Zapotecas en Centroamérica.

La matrifocalidad, precede al matriarcado en muchos sentidos, pues es con la llegada de la agricultura que el matriarcado se introduce como una organización político social, no antes. Sin embargo, es la matrifocalidad la que enlaza y nutre aún

hoy, las culturas ancestrales que nos quedan. A partir de ella, lo humano puede interrelacionarse con su aspecto femenino por medio de la imagen de la madre, exponenciada en la concepción de la naturaleza.

Para Raymond Smith (1996), quien estudió la organización familiar de los grupos afroamericanos de Guyana, la matrifocalidad forma parte implícita de una distribución social, donde la jerarquía gira en torno a la madre. Esta estructura provee ambientes estables para la crianza de los hijos, enfocados en la energía nutricia de la naturaleza femenina, afianzada en los principios de la cooperación y la armonía, generados por las mujeres del clan.

En este sentido, la asociación dicotómica naturaleza-madre y mujer-madre, establecen los vínculos ancestrales que dan fuerza a la energía femenina y relaciona indisociablemente a la mujer con la Tierra. Esto sin duda, crea un universo sagrado cuyo resultado decanta en sociedades donde lo femenino tiende a ser respetado y más que venerado, amado.

Dicha fidelidad y amor a la tierra bajo el concepto de la maternidad, se puede ver claramente reflejado en la historia que Eliade (1981), registra acerca de un anciano indígena, Smohalla, jefe de la tribu Wanapum ante su negativa a trabajar la tierra añadiendo:

¿Me pedís que labre el suelo? ¿Voy a coger un cuchillo y a hundírselo en el seno a mi madre? En tal caso, cuando esté muerto, no me recogerá en su seno. ¿Me pedís que cave y arranque piedras? ¿Voy a mutilar sus carnes para llegar hasta sus huesos? En tal caso, yo no podría entrar en su cuerpo para nacer de nuevo. ¿Me pedís que corte la hierba y el heno y lo venda para enriquecerme como los blancos? Pero ¿cómo me voy a atrever a cortar la cabellera de mi madre? (p.85).

Esta negativa desde la mirada indígena de “herir o cortar, desgarrar o arañar a «nuestra madre común»” (p 85), explica la relación intrínseca del hombre ancestral con sus raíces primitivas. La tierra es el espíritu superior, la madre infinita

que cubre con su generosidad todos los aspectos de la vida y su sustentabilidad en la psique indígena.

Por su parte, para los indígenas chaima quienes se autodenominan la “Gran semilla humana”(CHA: semilla; IMA: grande; “gran semilla”), ubicados en el oriente venezolano, la relación con la tierra se vuelve catártica, en especial en la cueva que según ello les dio la vida y administra la muerte. Esta caverna, que han llamado hasta hoy la Cueva del Guácharo, ha servido como santuario sagrado desde la antigüedad. Para Arquímedes Velázquez (2014), que se ha encargado de estudiar este pueblo que se creía olvidado, “Los chaimas se sentían particularmente identificados con las Cabrillas del cielo, a las cuales denominaban Maya-waray, es decir, “semejantes a mayas” (p.4) y asocian su alma “rinon”, la cual consideran inmortal, con todo aquello identificado con la naturaleza. Para el pueblo, la rinon, no es una característica exclusiva de la humanidad, al contrario habita en cada ser de la naturaleza por sutil que sea, otorgándole una cualidad de sacralidad que se completa en la creencia de que una vez abandonado el cuerpo, la rinon se reunirá con sus ancestros los cuales moran en la sagrada Cueva del Guácharo. Como lo escribió Humboldt en sus diarios de expedición: “Esta caverna es para los indios un lugar horriblemente misterioso, creen que en su fondo moran las almas de sus antepasados. El hombre –dicen ellos– debe sentir temor por esos lugares no iluminados por el sol (Zis) ni por la luna (Nuna). Ir a los guácharos es sinónimo de reunirse con los abuelos, o sea, morir”. Humboldt, citado por Velázquez (2014, p.9).

Todo esto describe una mitología uterina en torno a la tierra, donde su vínculo sagrado, (la cueva), se convierte en fuente de salvación y de misterios, aspecto adjudicable al principio femenino en su dicotomía vida-muerte. El secreto de la vida se acentúa en la oscuridad de la caverna que en el principio de los tiempos dio vida a sus dioses. Pero, por otro lado, sus veladuras ocultas producen temor

mítico, al ser la depositaria del alma de los ancestros, actuando a su vez como una especie de juez sagrado. Pues, como asegura el autor, la ríon de los nativos es sometida a juicio en la cueva al morir y si ha sido bueno con sus hermanos, la sagrada caverna le convierte en una brillante estalactita abrigándole con amor dentro de sí.

Las creencias ancestrales, son sin duda un abanico de posibilidades para entender el sagrado femenino, aplicado al mundo concreto por medio de la espiritualidad. Myriam Sánchez (2016), quien estudió la cultura kichwa (quichua) del Altiplano, afirma que para los nativos andinos todo tiene kausai (vida) y todo tiene samai, (espíritu). Lo más ínfimo y lo más grandioso se mueve bajo esta ley, por ello se venera la vida y el “Gran Espíritu” que la contiene. Según el saber ancestral de estos pueblos, todo el equilibrio está inmerso en la espiritualidad, y esta le pertenece a la naturaleza cuya presencia habita en el cuerpo de la mujer “Warmi”. Por ello la Warmi y la Pachamama (Madre Tierra) son una sola en el universo cosmogónico de ese pueblo. Todo pertenece a la Pachamama, y la mujer es su diosa, poseedora de la vida y la abundancia, encargada de guardar todo el conocimiento ancestral y transmitirlo con sabiduría y amor a sus hijos.

De tal manera, que en los kichwa se ve afianzado el principio generador femenino, como sustancia espiritual primordial para la supervivencia y continuidad de su gente, dándole especial importancia a la mujer, destinada a la preservación de la cultura por medio del conocimiento ancestral que le ha sido otorgado por la disposición del sagrado femenino, su Pachamama.

Esta relación con la tierra de los pueblos originarios va a influir notablemente en su organización social. La cual, generalmente amparada en la matrifocalidad tiende a decantar en lo que llamamos matriarcado. Para Marianela Milano (2002), dedicada al estudio de los pueblos de Tehuantepec de México, en su libro *Hombre, Mujer y Muxe en la sociedad Zapoteca*, indica como la matrifocalidad y

matriarcado van de la mano. Para esta autora en los Zapotecas, el papel de la madre es esencial para el funcionamiento de la organización total del pueblo. Tomando como premisa cuatro características básicas para que este aspecto se cumpla: (1) La presencia de la madre es central para el tejido social; (2) Esta centralidad vuelve legítima la importancia femenina dentro del pueblo; (3) Las interrelaciones entre ambos sexos se vuelven igualitarias por lo menos en el ámbito económico y jurídico y (4) Al ser las mujeres el centro del tejido social, las niñas son educadas para convertirse en esposas y madres con dominio y decisión.

Todo ello, forma la base político - social del matriarcado, pues como la autora afirma, éste, no se relaciona con el ejercicio del poder, al contrario, lo excluye de sus estructuras, pues “las estructuras matriarcales son sociedades agrarias” (p. 59), cuyas características más relevantes son “la generosidad y reciprocidad en el intercambio de bienes y servicios como mecanismos de nivelación económica y social y, por ende político.”(p.59). Esta estructura social absolutamente amparada en el principio femenino, hace uso de la matrifocalidad como esencia y de la matrilinealidad como elemento de supervivencia de la tradición.



Imagen 3: Mujer Zapoteca en danza tradicional. S/A Tomado de “El seductor y (mítico) matriarcado de la cultura zapoteca.”, 2011, disponible: <https://www.jornada.com.mx/2011/03/03/ls-portada.html>

Para el pueblo Na Wayunkana (Wayúu) la matrifocalidad se ve expresada claramente en la condición matrilineal, que determina la descendencia por línea materna. Para ellos la mujer es fundamental, pues sobre ella recae la responsabilidad de la continuidad de los clanes. Según Jorge Pocaterra (2011), cada wayúu es la continuación de la carne materna “irukuu”, por lo que la línea de descendencia parte de la madre, siendo el vínculo de mayor respeto la abuela del clan, pues éstas constituyen “las cabezas de los clanes y fuente primordial que forma el parentesco clanil” (p. 29). A partir de ellas, se educa toda la familia, cuyos secretos son heredados de madres a hijas en una espiral infinita de saberes ancestrales.

En esta estructura organizativa las mujeres son vistas con gran respeto, lo femenino se ve claramente representado en los ritos asociados con la menarquía, donde la tradición del encierro coloca a la nueva mujer en una condición cuya importancia espiritual social se relaciona no solo con la continuidad de las costumbres sino con la supervivencia de toda la cosmogonía que nutre la cultura Na Wayunkana.



Imagen 4: Mujeres Wayuu. Alicia Moncada Tomado de “Cuando nuestras ancestas hablan: genealogías de mujeres indígenas y saberes del paüljutu’u”, 2016, disponible: <http://otrasvoceeneducacion.org/archivos/4413>

Aquí, el cuerpo adquiere un carácter sagrado, que vincula la sangre con la vida y la preservación del cosmos ancestral del pueblo. Para Maya Mazzoldi (2004), este tránsito de la edad infantil hacia la pubertad, inscrito en la aparición de la sangre en el cuerpo femenino, connota elementos simbólicos que marcan la delimitación entre lo ritual, lo estético y lo moral. La importancia de la mujer en este instante es tal, que la autora compara el ritual del encierro con los antiguos rituales de los monarcas orientales, dando a entender que la preparación de la mujer en dicho lapso de tiempo tiene tal estatus social que le da el simbolismo de una reina o

regente, como deberá ser para los suyos una vez logre la posición a la que está destinada por su condición femenina, pues:

A una señorita se le debe tratar cuidadosamente porque es una persona vulnerable y valiosa(...) el orgullo de su familia y el respeto de la comunidad la esperan al salir después de la larga prueba de sus capacidades para ser una mujer ideal en la cultura wayuu (p.263).

Para esta cultura ancestral, los vínculos entre los clanes se proporcionan por vía femenina, dando poder al sagrado femenino en la concepción de un mundo donde la Woumain (nuestra tierra) se nutre de la fortaleza femenina expresada en el cuerpo de sus mujeres, pues de ella salieron todas las mujeres al inicio de los tiempos, nombrando cada clan y liderándolo con la sabiduría de sus costumbres y la destreza de sus manos.

APROXIMACIONES FINALES

La visión contemporánea de la vida enfocada en la obtención del poder y las jerarquías tan propia del arquetipo masculino, ha sido beneficiosa obviamente en el desarrollo de habilidades y destrezas que con otra concepción de pens(a)miento jamás habrían surgido. Pero en consecuencia, se ha renunciado a la condición espiritual que conlleva en sí mismo el sagrado femenino. Sin uno el otro no está equilibrado, por ende el caos y desasosiego tienen a obnubilar las percepciones.

Lo femenino genera conciencia. Es el sentir más allá del pensar. La empatía, la persuasión, la intuición, el recogimiento, el amor, la compasión, todo lo inexplicable es femenino. Debe ser así porque el principio de la vida no posee explicación, sucede por gracia divina, es misterioso e inagotable. Todos estos aspectos, complejizan y contrastan hoy más que nunca con el sagrado masculino, quien no comprende la homónima grandeza de su opuesto y dicha falta de entendimiento ante lo inexplicable produce miedo y ataque, hasta intentar ocultarlo.

El mundo actual se mueve entre estas dos polaridades completamente a oscuras, sin brújulas ni caminos, pues la gente moderna ha olvidado el poder de la diosa, la potestad del sagrado femenino para equilibrar el cosmos y mantener el balance de la vida.

Las culturas ancestrales entendieron esto desde el principio, ligadas íntimamente a la vida por medio de la naturaleza y todo lo que conlleva a ella, lograron crear discursos de pensamiento donde las sociedades, equilibradas en función de lo que representan las dualidades, pudieron (y aún continúan haciéndolo), establecer discursos armónicos y cooperativos entre sus miembros para dar importancia a lo que es significativo, bajo la figura simbólica de la sacralidad del mundo en el que habitan.

Los ritos, tradiciones, mitología y espiritualidad, caminan juntos en un tejido social donde la humanidad indígena se concibe como parte de un todo, un elemento más, en lugar de ser la cúpula de un todo, como sucede en las sociedades moderna. Esta integración del hombre con el universo, desnudo en su alma y con infinita humildad por la creación y sus métodos, coloca al “Ser” de las culturas ancestrales, en un lugar donde puede reconocerse más allá de lo material, encontrando su papel en el mundo de forma íntegra, pues ha sido sensibilizado por el nexo filial que tiene con la tierra que lo nutre al saber respetar el orden del cosmos implícito en sus leyes fundamentales relacionadas los con la dualidad en cualquiera de sus dicotomías.



Imagen 5: Outsü Wayuu. El Heraldo Tomado de “Cultura Wayúu: Conoce los secretos ancestrales de los nativos de La Guajira”, 2018, disponible:<https://blog.redbus.co/cultura/secretos-ancestrales-cultura-wayuu/>

REFERENCIAS

- Carrillo. S. (2004). Lo mágico y lo mítico de la mujer como diosa. [Documento en línea] disponible en: <http://www.monografias.com/trabajos37/mujer-como-diosa/mujer-como-diosa2.shtml> [consulta 2020, marzo 10]
- Downig, C. (1993). El espejo del YO. E.E.U.U: Violetdream box S.A
- El Heraldo (2018) “Cultura Wayúu: Conoce los secretos ancestrales de los nativos de La Guajira” [Documento en línea]: <https://blog.redbus.co/cultura/secretos-ancestrales-cultura-wayuu/> Consulta: [2020, marzo, 21]
- Eliade. M. (1981). Lo Sagrado lo Profano. E.E.U.U: Guadarrama. 4ta edición.
- Europa indígena (2015) Cosmovisión indígena [Documento en línea] <file:///C:/Users/USUARIO/Desktop/sagrado%20femenino/COSMOVISI%C3%93N%20IND%C3%8DGENA%20-%20EUROPA%20INDIGENA.html>. Consulta: [2020, marzo, 03]
- Europa indígena (2015). El principio femenino [Documento en línea] <https://www.europaindigena.com/1%C2%AA-el-paleol%C3%ADtico/ll-el-principio-femenino/> Consulta: [2020, febrero, 25]
- Fernández. A. (2019). Oración a la Madre Tierra [Documento en línea] <https://www.hijasdelatierra.es/blog/oracion-a-la-madre-tierra/> Consulta: [2020, marzo, 23]

- Jung, C. y Aion, G. (1951). Psicología y Alquimia. [Documento en línea] disponible en: <http://elsampodehigiaenvalenciavenezuela.blogspot.com/2013/08/la-sombra-es-uno-de-los-arquetipos.html>. Consulta: [2020, marzo 01]
- Mazzoldi. M. (2004). Simbolismos del ritual de paso femenino entre los Wayuu de la alta Guajira [Artículo en línea] disponible en: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/10946> [consulta 2020, marzo 08]
- Milano. M. (2002). Hombre, mujer y muxe en el istmo de Tehuantepec. México: Conaculta-Inah [Documento en línea] disponible en: <https://books.google.co.ve/books?id=u-yzRaN9OGgC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false> [consulta 2020, marzo 05]
- Moncada, A. (2016). Cuando nuestras ancestras hablan: genealogías de mujeres indígenas y saberes del paülujutu'u [Documento en línea]: <http://otrasvoceseneducacion.org/archivos/4413> Consulta: [2020, marzo, 21]
- Pocaterra. J. (2011). Los Wayuu Na Wayuukana. Venezuela: Odebrecht S. A.
- Reina-Valera (2009). La santa biblia. E.E.U.U: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
- Rodríguez. C (2004). La represión del deseo materno la génesis del estado de sumisión inconsciente. Ediciones Crimentales.
- Sánchez, M. (2016). Espiritualidad indígena y participación femenina. Ecuador: Fundación educativa comunidad integradora del saber andino [Artículo en línea] disponible en: https://ddd.uab.cat/pub/lectora/lectora_a2016n22/lectora_a2016n22p59.pdf [consulta 2020, marzo 12]
- Smith, R. (1996). La familia matrifocal: Poder, Pluralismo y política. E.E.U.U Nueva York.
- Cultura quechua: historia, origen, características, y mucho más. (2017). “[Documento en línea] <https://hablemosdeculturas.com/cultura-quechua/> Consulta: [2020, marzo, 21]
- El seductor y (mítico) matriarcado de la cultura zapoteca. (2011). [Documento en línea]: <https://www.jornada.com.mx/2011/03/03/ls-portada.html> Consulta: [2020, marzo, 18]
- Valencia. L. (2017) El despertar Femenino [Documento en línea] <https://sabiduriaancestral.org/articulos/el-despertar-femenino/> Consulta: [2020, marzo, 21]

Velásquez. A. (2014). Chaimas, la semilla humana. Caripe, Venezuela [Documento digital] [consulta 2020, marzo 20]